

LIII.

Ni menester habeis, Salen divina,
Que la luna ó el sol os den su lumbre,
Pues un Dios con su luz os ilumina.
No se oculta ciudad sobre alta cumbre.
Del Basan y Carmelo se termina
La hermosura, y acaba en podredumbre
La flor bella del Líbano: vos sola
Brillais siempre con fúlgida aureola.

LIV.

De los bordes del Tiber se proclama
El edicto cruel por todo el mundo.
Desplómanse los templos con la llama
Que arrojan los soldados; furibundo
Satélite en los campos se derrama
En busca del cristiano, que en profundo
Calabozo, de juez tirano espera
Inaudito tormento y muerte fiera.

IV.

Ecúleo, potro, rueda circulante,
Garfio de acero, uña puntiaguda
Destrozan con la madre tierno infante.
Aquí se ve del pié Virgen desnuda
Suspendida de un poste, en infamante
Suplicio perecer; con fuerza ruda
A dos ramas allí el Mártir amarran
Que en dos partes el cuerpo le desgarran.

LVI.

Cada provincia inventa su tormento:
En Capadocia el plomo derretido,
En el Ponto la rueda, el fuego lento
Mesopotamia. Ya con nunca oido
Furor, para alargar el sufrimiento
Al Mártir se consuela; ya rendido
El tirano, en su cólera impotente,
Manda quemarlos todos juntamente.

LVII.

En escenas tan bárbaras ponía
Galerio su placer: enormes osos
De lejano país venir hacia,
Conocidos con nombres horrorosos.
Su diversion, en tanto que comía,
Era escuchar sus gritos espantosos,
Con los tristes clamores del cristiano
Que mandaba arrojarles inhumano.

LVIII.

Avaro al mismo tiempo y corrompido
Da á la persecucion mayor violencia.
Cada pueblo y ciudad es sometido
A un tribuno sin leyes ni otra ciencia
Que la de dar la muerte, precedido
De fiero Tabelion que de la herencia
Y de todos los predios de los fieles
Toma nota en fatídicos carteles.

LIX.

La inscripcion en sus tablas señalaba
El decreto de muerte: la riqueza
Era un crimen que no se perdonaba.
Ni la humilde estraccion, ni la nobleza,
Ni el sexo, ni la edad se respetaba.
Si ablandada con dones la fiereza
De un Juez, daba un libelo, (8) otro venia
Que nuevos donativos exigia.

LX.

Los pobres que, en su estado lastimoso
No ofreciendo aliciente á la avaricia,
Debieran disfrutar de algun reposo,
No se eximen por eso á la sevicia
De Galerio: fingiéndose piadoso,
(Disfraz que á veces busca la malicia)
Manda en barcas abiertas arrojarlos
Para curar sus males y anegarlos.

LXI.

El malvado ministro de Galerio
Lleva su orgullo impío y desbocado
Hasta escribir dos libros de improprio
Contra la fé que habia abandonado:
El blasfema del culto y del misterio
En medio del Levita degollado
Sobre el cuerpo del Cristo que adorára
Con su madre, y que vil apostatára.

LXII.

Infatigable en su odio, y atrevido,
Esperaba con ansias el momento
En que la hija de Homero haya venido
Para adornar sus triunfos. El tormento
De su rival habia suspendido,
Confiando que aquella en el intento
De libertar al hijo de Lastenes,
Sus rigores ablande y sus desdenes.

LXIII.

“Yo emplearé, decia en su despecho,
“Para vencer beldad tan arrogante
“Este postrer recurso. En tal estrecho
“Yo la veré arrojarse suplicante
“Por salvar mi rival, sobre mi pecho;
“Y ese cristiano vil en el instante
“De sucumbir, sabrá que es deshonorado:
“Doblemente así de él seré vengado.”

LXIV.

Ebrio de su poder el vano impío
No puede á sus pasiones dar gobierno.
Por raro é inconcebible desvarío,
Negando la existencia del Eterno,
Daba asenso á la magia. Un vil Judío
Que sostenia union con el infierno,
Moraba entre las ruinas del palacio
Que á la crueldad de Nero ofreció espacio,

LXV.

Un esclavo á este mágico nefando
El apóstata envía. En el reposo
De la noche en su busca va: cortando
Por la ruina y escombros silencioso,
Al fin del subterráneo penetrando,
Percibe un viejo escualido, andrajoso,
Calentando sus manos á una hoguera
Que de huesos humanos encendiera.

LXVI.

Poseído de espanto, titubeante:
"Viejo, pregunta el siervo, ¿os es dado
"Desde Salen á Roma en este instante
"Trasladar una fiel que se ha escapado
"Del poder de Hierócles? El amante
"Que atrevido á la fuga la ha excitado,
"En la cárcel está, por nombre Eudoro:
"Responded sin temor, tomad este oro."

LXVII.

Al nombre de Salen y al grato ruido
Del oro, una sonrisa corre el ceño
Del mágico feroz. "Bien conocido
"Es de mí, le responde, vuestro dueño
"Y nada á mi poder hay sometido
"Que no haga por sacarle de su empeño:
"Esperad un instante, al punto mismo
"Voy á hacer que aparezca aquí el abismo."

LXVIII.

Dice, y cabando en tierra, la urna hallára
Que del cruel Neron guardaba el resto.
Queja lúgubre de ella se escapára.
Sobre un altar de hierro el mago ha puesto
Las cenizas: tres veces se tornára
Al oriente con fiero y torbo gesto;
Tantas la Biblia abrió, bate las manos,
Y el Demonio invocó de los tiranos.

LXIX.

El Señor al infierno concediera
Responder esta vez: en el momento
Retiembla el antro, apágase la hoguera
De mortales despojos; el aliento
Al esclavo le falta, huir quisiera;
Mas un fuego percibe macilento,
Y entre el ruido y el humo que le pasma,
Ve aparecer un hórrido fantasma.

LXX.

El Hebreo: "¿Por qué tardaste tanto?
"¿Una esclava á este instante te es posible
"Trasladar de Solima con tu encanto?"
"No puedo, respondió el espectro horrible:
"María la protege con su manto;
"Mas si quieres que á Siria del temible
"Hierócles lleve luego el mandamiento,
"Yo te podré servir en un momento."

LXXI.

El esclavo consiente en la propuesta
Del infierno, y al punto se apresara
A llevar á su dueño la respuesta.
El fantasma infernal se transfigura
En correo veloz, con marcha presta
Llega á Salen, y al centurion apura
De robar á Simódoce encargado,
Dándole de Hierócles el mandado.

LXXII.

En la hora en que el sueño á los mortales
Dulcemente embargando á los sentidos,
Los bienes igualaba con los males;
Las aves reposaban en sus nidos;
En el valle la grey con los zagales;
Los trabajos estaban suspendidos;
Apenas la matrona fatigada
Tuerce el huso á la luz medio apagada.

LXXIII.

Cimódoce, despues de hacer su prece
Por el padre y esposo, se durmiera.
Demódoco entre sueños la aparece,
Desgreñada la barba y cabellera;
El llanto sus mejillas humedece;
Su mano el cetro augúreo mal moviera;
Prolongados suspiros de su pecho
Salían de dolor y de despecho.

LXXIV.

Cimódoce pensando que á él hablara:
“¿Cómo, dice, ó mi padre, habeis dejado
“Por tanto tiempo así vuestra hija cara!
“¿Dónde está Eudoro? ¿Viene enamorado
“A reclamar la fé que le jurára?
“¿Por qué en llanto tu rostro está bañado?
“¿No quieres, padre mio, padre bueno,
“Estrechar tu Cimódoce en tu seno?”

LXXV.

La sombra, “¡Huye, hija mia, huye corriendo!
“Las llamas te rodean: el malvado
“Te persigue en venganza fiera ardiendo.
“Ofendidos los Dioses que has dejado,
“Te entregan en poder del monstruo horrendo.
“Al fin triunfará el Dios que has adoptado;
“Mas en tanto ¡qué penas tan estrañas
“Rasgarán de tu padre las entrañas!”

LXXVI.

La vision desaparece arrebatando
La antorcha que se dió á Cimodocea
La noche de su enlace. Dispertando,
Una pálida luz ve que blanquea
Su aposento, y su lecho abandonando,
Mira el santo sepulcro que rodea
Llama voraz y siente el sordo estruendo
De las vigas y mármoles cayendo.

LXXVII.

Este fuego el centurio puesto habia,
No osando violar de la princesa
El asilo que á aquella protejia.
Mas para hacerse dueño de su presa
Esperaba que el viento llevaria
El incendio hasta allá, y en la sorpresa
Queriéndose salvar, caiga en su mano,
Tomadas las salidas de antemano.

LXXVIII.

Pero el fiel Doroteo, apercibido
Del incendio y razon que lo causará,
Al palacio de Elena va atrevido;
Por enmedio del fuego atravesára,
Por salones y muro derruido,
Y á Cimódoce encuentra junto á una ara
Que á su nodriza busca, busca en vano:
¡Tu suerte Eurimedusa, es un arcano!

LXXIX.

“Huyamos! dice: Elena no podria
“Daros apoyo alguno en tal tumulto,
“Que dé su mismo ladoos sacaria
“El rival de su hijo y de su culto.
“El es quien los satélites envia.
“Yo conozco una puerta y paso oculto
“Que fuera de Salen lleva. Marcemos:
“Al cielo lo demas encomenhemos.”

LXXX.

En el muro que da frente al collado
De Sion, una puerta oculta habia,
Por donde Elena, huyendo el honor dado
A su clase, á adorar la cruz venia.
Doroteo la entreabre con cuidado,
Asómase por ver si un ruido oia,
Da la mano á Cimódoce, y ligero
Toma del monte próximo el sendero.

LXXXI.

Tan pronto por escombros se encamina,
Tan pronto por el llano: al menor ruido
Se detiene y esconde entre la ruina.
Ya queda atras el templo consumido
Del fuego cuya luz les ilumina;
Aun oyen de la turba el alarido;
La montaña Sion por fin trasponen,
Y del temor un poco se reponen.

LXXXII.

De este monte sagrado en la ladera
Principia un subterráneo, cuya entrada
Salvaje olivo y aloé cubriera.
Doroteo se abre con su espada
Un camino, las venas luego hiriera
Del pedernal, con yesca preparada
De ciprés resinoso un ramo enciende,
Y al antro con Cimódoce descende.

LXXXIII.

Otro tiempo David aquí llorara
Sus culpas, y en los muros estampado
El salmo se ve aun que consagrara
Al inmortal dolor de su pecado.
En el fondo del antro se repara
Su tumba, en el sarcófago grabado,
Como signo especial y propio emblema,
El cayado, la arpa y la diadema.

LXXXIV.

Un temor poseia religioso
A estos fieles, el monte atravesando,
Donde á su hijo ofreciera Abran piadoso.
Al fin la senda oscura abandonando,
Salen al campo Rama silencioso
Que escuchára á Raquel su hijo llorando
Sin querer á su pena dar consuelo,
Y pisan de Belen el sacro suelo.

LXXXV.

Todo estaba desierto: el par cristiano
Entra en la gruta humilde en que vió el dia
El Señor de Señores soberano.
Cimódoce lloraba de alegría.
"Aquí Jesús, exclama, vuelto humano,
"Por vez primera sonrió á María.
"¡Proteged, madre mia, á vuestra sierva
"En las penas que el mundo la reserva!"

LXXXVI.

El sol tocaba al fin de su carrera
Doroteo salió por si encontraba
Un pastor, y la jóven le siguiera.
Por la montaña Engaddi vió bajaba
Un viejo, por vestido tosca estera,
Barba y pelo en desórden; agobiaba
Sus espaldas de arena un grande cesto,
E iba á entrar á una gruta en el recuesto.

LXXXVII.

Mas vistos los viajantes, dando en tierra
Con la carga, y volviendo un ojo airado:
"¡Hasta en el yermo, grita, me dais guerra,
"Delicias de la corte! pero armado
"De oracion y cilicio no me aterra,
"Infierno, tu poder..." Y apresurado,
Como aquel que de un tigre huye el encuentro,
En la cueva se entró y cerró por dentro.

LXXXVIII.

Doroteo conoce un penitente,
Y acercándose habló por la hendidura.
"Nosotros somos fieles igualmente,
"Y hospedaje pedimos."—"Su hermosura,
"Exclama el solitario prontamente,
"Es grande para ser de mortal pura:
"No, no, esa jó"en!..."—"Es la esposa cara
"De Eudoro que al bautismo se prepara"

LXXXIX.

Al oír este nombre, el ermitaño
La puerta luego abrió: "Entre, dijera
"La esposa de mi amigo." ¡Caso extraño!
Doroteo en el santo conociera
A Jerónimo. Triste desengaño
Al yermo le lanzó: una calavera,
La Biblia y varias hojas traducidas
En la gruta se hallaban esparcidas.

XC.

Bien pronto quedó todo esclarecido
Entre los tres cristianos: de su historia
Lo principal cada uno ha referido.
Jerónimo recuerda á la memoria
La tumba de Escipion, y enternecido
De Eudoro oye contar la nueva gloria
En defender la fé. "¿Y qué deseo
"Tus pasos guía? dice á Doroteo.

XCI.

"Tengo amigos en Jope," respondiera.
"Amigos, y en desgracia! Un Moabita
"Bajaba á Jericó en la primavera
"De esas altas montañas en que habita:
"El cielo estaba claro, el viento era
"De norte y el calor su sed no irrita:
"A cada paso encuentra cristalino
"Torrente, que torcer le hace el camino.

XCH.

"En la estiva estacion, cuando el bochorno
"Lánguido deja al caminante, á casa
"Va el mismo Maobita de retorno.
"Rabiosa sed al infeliz abrasa.
"Alguna góta entonces en contorno
"Busca del agua que en invierno pasa:
"Todo está séco!...." Dijo, y un momento
El santo se quedó en arrobamiento.

XCIII.

Luego de luz celeste iluminado:
"¡Que gloria, esclama, el cielo te destina!
"¡Qué podré hacer por tí, mi amigo amado!"
Y á Cimódoce vuelto: "Ahora camina
"Al martirio tu esposo, y á su lado
"¿No vas tú?.... ¡amas, y huyes! ¡serás digna
"De un Mártir al empíreo trasponiendo
"Sin corona á sus ojos pareciendo!

XCIV.

"Marcha á Roma: la palma allí te esperá
"Que tu pompa nupcial adornar debe.
"El Jordan está cerca; en su ribera
"La onda recibirás que tu alma eleve,
"Y la fuerza, que faltas, te conferá.
"Sí; la persecucion es prueba breve
"Y la mejor escuela del cristiano:
"El bautismo recibe de mi mano:"

XCV.

Jerónimo habló así como sagrado
 Ministro y doctor santo. La inocente
 Cimódoce: "En mí se haga vuestro agrado:
 "La onda pura verted sobre mi frente.
 "Júnteme yo á mi esposo, y ya que al lado
 "No pueda presentarme dignamente
 "De un Mártir del Señor, seré dichosa
 "Si en sierva cambio el título de esposa."



NOTAS.

Octava XX.

Al Oronte se echó: y las que en la arena

(1) Santa Pelagia de Antioquía, fué llamada á la gloria del martirio á la edad de quince años. Hallábase sola en la casa, cuando vió entrar los soldados que venian á prenderla: luego conoció su objeto, y temiendo los peligros á que iba á estar espuesta su virginidad, determinó prevenirlos con una resolucion extraordinaria. Sin turbarse nada á vista de los soldados, les pidió la permitiesen ir á su cuarto con el pretexto de vestirse y adornarse. Obtenido el permiso, se sube á lo mas alto de la casa, se precipita de allí, y muere en el acto. San Juan Crisóstomo dice, hablando de este hecho, que Pelagia tenia en su corazon á Jesucristo, cuya gracia la inspiró obrar de aquella manera. Fuera de este caso de particular inspiracion de la gracia, es un crimen horrible el darse la muerte. El que lo hace con propósito deliberado, comete una injuria atroz: 1º contra Dios, que es el único dueño de nuestra vida, como autor de ella: 2º contra la sociedad, á quien priva de uno de sus miembros: 3º contra su familia y amigos, que se ven defraudados de los servicios que podrian y de-